

—Ese tampoco,—respondió don Rafael,—tiene hijos, sino una hija sola, y aún dicen que es de las más hermosas doncellas que hay en Andalucía, y esto no lo sé más de por fama, que aunque muchas veces he estado en su lugar, jamás la he visto.

—Todo lo que, señor, decís, es verdad,—respondió el mancebo,—que don Sancho no tiene más de una hija; pero no tan hermosa como su fama dice, y si yo dije que era hijo de don Enrique, fué porque me tuviédes, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de don Sancho, que há muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que di á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, á hacerse ilustre aún los de oscuro linaje.

Todas estas razones y el modo con que las decía, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha.

Acabóse la cena, alzáronse los manteles, y en tanto que don Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salía, y en él puestos los dos de pechos, Teodoro así comenzó á hablar con el mozo.

—Quisiera, señor Francisco (que así había dicho él que se llamaba), haberos hecho tantas buenas obras, que os obligára á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pedir; pero el poco tiempo que há que os conozco, no ha dado lugar á ello: podría ser que en el que está por venir conociédes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy también ántes de que os lo descubra. Quiero también que sepáis que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo más experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no sois varón como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura pública, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje, pues jamás tales mudanzas son por bien de quien las hace; si es verdad lo que sospecho, decídmelo, que os juro por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y servir os en

todo aquello que pudiere. De que seáis mujer, no me lo podeis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habeis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacára á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir; digo que no dudeis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofresco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga.

Con grande atención estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decía, y viendo que ya callaba, ántes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegándoselas á la boca, se las besó por fuerza, y aún se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condición de mujeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero después que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondía, el cual dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo:

—No quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no no haya sido verdadera; mujer soy, y la más desdichada que echaron al mundo las mujeres, y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quién soy (si ya no os cansa oír ajenas desventuras).

—En ellas viva yo siempre,—replicó Teodoro,—si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mías.

Y tornándole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo más sosegado comenzó á decir estas razones:

—En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho; en lo que toca á mis padres, no la dije, porque don Enrique no lo es, sino mi tío, y su hermano don Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna her-



mosura que tengo: mi nombre es Leocadia; la ocasion de la mudanza de mi traje oiréis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los más ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero que trae su origen de los nobles y antiguos Adornos de Génova; éste tiene un hijo, que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mias, es de los gentiles-hombres que desearse puede. Este pues, así por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y áun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo; desta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fué bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, á la bajeza del estado en que me veo, pues habiendo mirado, más de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenía, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo; con este pensamiento le comencé á mirar con más cuidado, y debió de ser sin duda con más descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba, y no quiso ni le fué menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no se para qué me ponga á contaros, señor, puuto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud granjeó conmigo, que fué que habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes, á mi parecer, firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese; pero áun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escritas, que me satisfizo. Recibida la cédula, di traza como una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, donde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegóse en fin la noche por mí tan deseada.

Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una de ellas le traspasaba el alma, especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antonio, y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discrecion, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia.

Mas cuando llegó á decir: Llegó la noche por mí tan deseada,— estuvo por perder la paciencia, y sin poder hacer otra cosa le saltó la razon, diciendo:

—¡Y bien! así como llegó esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿entró por dicha? ¿gozásteisle? ¿confirmó de nuevo la cédula? ¿quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decís que era suyo? ¿súpulo vuestro padre, ó en qué pararon tan honestos y sabios principios?

—Pararon,—dijo Leocadia,—en ponerme de la manera que veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado.

Respiró con estas razones Teodosia; detuvo los espíritus que poco á poco la iban dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los celos, que á más andar se le iban entrando por los huesos y médulas, para tomar entera posesion de su paciencia; mas no la dejó tan libre, que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió diciendo:

—No solamente no vino, pero de allí á ocho dias supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pueblo y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosia, doncella de extremada hermosura y de rara discrecion; y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luégo llegó á mis oidos, y con él la fria y temida lanza de los celos, que me pasó el corazon, y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y se acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! que luégo se me figuró en la imaginacion Teodosia más hermosa que el sol, y más discreta que la discrecion misma, y sobre todo más venturosa que yo sin ventura. Leí luégo las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y que no podian faltar en la fe que publicaban;



y aunque á ellas como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo: maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldije mi suerte, y lo que más sentía era no poder hacer estos sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de mi padre; en fin, por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo más cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pié caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen: allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venian á Barcelona con priesa, por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitaron cuanto traía, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte que me cumpliera la promesa; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debían estar grabadas en el alma: que claro está que, si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia; aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista los turbe su sosiego: no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mío: yo la buscaré, yo la hallaré, y yo la quitaré la vida, si puedo.

—Pues ¿qué culpa tiene Teodosia,—dijo Teodoro,—si ella quizá también fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido?

—¿Puede ser eso así,—dijo Leocadia,—si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén, como suele decirse, en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia: ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle.

—Podía ser que os engañasedes,—replicó Teodosia,—que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decís, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teníades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza.

—Del recogimiento,—dijo Leocadia,—no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido: de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los celos me la representa en la memoria, bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: cuanto más, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien.

—Sea como vos decís, señora Leocadia,—respondió Teodosia,—que así como veo que la pasion que sentís no os deja hacer más acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dejarán hacer otra cosa: nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco más ó menos sabeis el trato de nuestra compañía: lo que os ruego es, me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con



el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon: junto con esto, me parece no ser bien que mudeis de traje; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que más os convengan; y en lo demas de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos más desesperados.

Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veia á cuántos peligros estaba puesta si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba.

No se habia aún dormido D. Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser mujer; y en entrando, ántes que se acostase, se lo preguntó; la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le habia dicho, cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba.

Admiróse D. Rafael, y dijo á su hermana:

—Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las más principales de su lugar, y una de las más nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato, de manera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio.

Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba, en cuanto al acostarse; mas en lo de sosegar se no fué en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh, cuánto más de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh, cuántas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡Qué de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto!

¡Cuántas veces no creyó que se le habia perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado!

Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño.

Y no la pasó con más descanso D. Rafael su hermano; porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho ántes para el mismo efeto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce; y cuando descubre ó prometè alguna vía de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto traje de varon, sino en el suyo de mujer, y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran: no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese: deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia; y ya le tenian el amor y el celo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida, á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia; la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion.

Con esto que él á sí mismo se prometia se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia, y ellos dejaron las camas, y llamando D. Rafael al huésped le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje á quien los bandoleros habian desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender: trújole, y vinole bien á Leocadia.

Pagóle D. Rafael, y ella se le vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brio, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de D. Rafael y dobló los celos en Teodosia.